

Vida en un cuadro

A medio siglo de la Nueva Ola

Ante el hartazgo del elegante pero previsible cine francés, surge un movimiento en el que se multiplican los recursos cinematográficos bajo la perspectiva de directores que se muestran libres e irreverentes ante las condiciones de la industria. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

1 1958. El mismo año en que Charles de Gaulle declara la Quinta República francesa, dos jóvenes, Claude Chabrol y Jacques Rivette, empiezan a filmar sus primeras películas, *El bello Sergio* y *París nos pertenece*, respectivamente.

Un año más tarde ambas cintas aparecen en pantalla; y a ellas se suman otras dos películas, también decisivas, también irreverentes, también filmadas por dos jóvenes inexpertos: *Los 400 golpes*, de François Truffaut, y *Sin aliento*, de Jean-Luc Godard.

Ante el común azoro del público, se propone: ha nacido una nueva ola.

La Nueva Ola Francesa.

Pero las cosas empiezan, en realidad, tiempo antes; y no en las salas de cine sino en las páginas de una revista: *Cahiers du Cinéma*. Allí, bajo la dirección del teórico André Bazin, un grupo de jóvenes críticos —los nombres ya mencionados, más Eric Rohmer— define, con más intuición que método, una nueva poética cinematográfica. ¿Sus rasgos? Primero: el hartazgo ante el cine francés de entonces, elegante pero previsible, eficaz pero acartonado, reactivo a las exploraciones formales. Después: la devoción por los grandes maestros del Hollywood clásico —Howard Hawks, John Ford, John Huston, Billy Wilder y, sobre todo, Alfred Hitchcock—, capaces de producir, en medio del sistema de los grandes estudios, cintas inteligentes y absolutamente personales. Por último: la teoría del autor que crea André Bazin y que sus discípulos afinan y, más tarde, ejemplifican; la certeza de que las películas pertenecen al director y no a los productores; la idea de que el cineasta es, como el escritor, un artista y debe utilizar los recursos cinematográficos para exponer su visión del mundo.

Hoy, medio siglo más tarde, todo aquello parece poco subversivo. Más aún: parece casi natural, como si los jóvenes de la Nueva Ola sólo hubieran acelerado un proceso inevitable; como si el cine hubiera estado condenado a romper, tarde o temprano, en una ola semejante. Es cierto que las nuevas condiciones tecnológicas —cámaras más ligeras, técnicas de sonido más flexibles, menores costos de producción— alentaban una creación independiente, incluso amateur, al margen de los grandes estudios. Es verdad, también, que el "cine de calidad" francés estaba tan anquilosado que requería, más que una renovación, un descalabro. Lo asombroso, y poco natural, y apenas anticipable, fue el talento de la Nueva Ola. Podía preverse una ruptura pero no esa ruptura, tocada por la gracia. Una primera sorpresa: la riqueza formal. Para atender contra las convenciones, la Nueva Ola multiplicó los recursos cinematográficos: cámara al hombro,



1. *El romance de Astrea y Celadón* (2007) de Eric Rohmer.
2. *Jules y Jim* (1962) de François Truffaut.



FOTOS: AFP

imágenes fuera de foco, sonidos pobremente registrados, actuaciones amateurs, espacios abiertos y poco fotogénicos, diálogos absurdos y filmados sin recurrir al tradicional campo/contracampo... Una segunda sorpresa: la elocuencia de esos recursos. Concentrando su atención en los aspectos formales, los cineastas de la nouvelle vague logran pronunciar, cosa curiosa, esa parte de la existencia que el cine más tradicional apenas si sugería: el tedio, la soledad, la incomunicación contemporánea.

¿Qué queda hoy de la Nueva Ola? Muy visiblemente, una abultada pila de películas —muchas de ellas maestras— y un puñado de estilos: el ritmo pausado de Rohmer (*La rodilla de Clara*, 1970), el classicismo expresivo de Truffaut (*Jules y Jim*, 1962), la inteligente eficacia de Chabrol (*El carnicero*, 1969), el discurso casi literario de Alain Resnais (*Hiroshima mi amor*, 1959), la diversa subversión de Godard (*Los carabineros*, 1963)... Queda, también, también vigente, la parte negativa del movimiento: su inconformidad, su poética destructiva. Todo aquello contra lo que filmaron estos cineastas —el artificio académico, la elegancia vacía, la apatía formal, la solemnidad, el arte relamido— continúa de pie; contra todo ello puede —debe— filmarse todavía. Sobre decir que, medio siglo después, muchas de las innovaciones formales de la Nueva Ola han sido asimiladas. Es posible ver hoy muchas de aquellas películas —las de Truffaut, por ejemplo— con ternura y sin extrañeza: no son ya exabruptos disidentes sino obras clásicas. Es fácil, además, encontrar los hábitos y tics del grupo —ya domesticados— en cineastas tan dóciles como Steven Spielberg o a la mitad de, ay, un comedia romántica. Pero no todo ha sido asimilado; no todo reconforta. Si uno observa una película de Resnais o, más todavía, de Godard, uno advierte que algo allí todavía pasma, desorienta, exaspera. Así está bien: lo que no rasga está muerto.

FOTO: GETTY IMAGES

UN DÍA EN LA CAVA CON EL SOMMELIER

Conoce dónde nacen los vinos Freixenet

Sólo segundo sábado de cada mes, de la mano del sommelier RICARDO ESPÍNDOLA, donde pasarás un fin de semana descubriendo novedades y curiosidades del vino, desde el viñedo hasta el descorche de un espumoso"

COSTO POR PERSONA:
\$550.00 pesos
 Incluye: Conferencia, visita, comida, vino, diploma y una copa de recuerdo.

para mayores informes
 Carr. SJR-Cadereyta km. 40.5 Ezequiel Montes, Qro. México - Tel / fax: (01.441) 277.01.47
eventos@freixenetmexico.com.mx
www.freixenetmexico.com.mx

Además todos los días Recorridos Gratuitos
 Lunes a viernes: 12:00 - 13:30 y 15:00 hrs.
 Sábado y domingo: cada hora de 11 a 16 hrs.
 ROGAMOS RESERVACIÓN PARA GRUPOS MAYORES DE 15 PERSONAS.